EL EJÉRCITO NORTEAMERICANO ACAUDILLADO POR WÁSHINGTON, CRUZA EL RÍO DELAWARE

Este cuadro de Manuel Leutze, representa a Wáshington cruzando el río Delaware para sorprender al ejército británico, en la Navidad de 1776. Aunque como obra de arte, tiene defectos notables y es incorrecto en muchos pormenores, la escena está presentada con gran animación y vivo realismo.



El Libro de hechos heroicos

LOS HÉROES ANÓNIMOS DEL MUNDO

HAY muchas clases de héroes. El soldado que regresa victorioso a su patria al son de los clarines y al ondear de las banderas, deja tras sí, en el campo de batalla, al héroe que ha caído en el fragor de la pelea. Muy hermoso y emocionante es ver regresar al héroe vencedor; pero no lo es menos el pensar en el héroe que ya no volverá. Acordémonos siempre de los héroes cuyas hazañas no se hallan descritas en los libros; acordémonos del gran heroísmo de las almas sencillas, de los gloriosos hechos de las almas humildes. En otras partes de esta obra veremos notables empresas llevadas a cabo por grandes hombres y mujeres, y por héroes universalmente famosos. Aquí, en estas páginas, leeremos hazañas realizadas por personas sencillísimas y cuyos nombres quizás nos son enteramente desconocidos. Este es el gran libro de los héroes humildes y de los hechos heroicos que iluminan el camino de las almas esforzadas e intrépidas.

UNA ALDEA DE HÉROES

CÓMODAMENTE asentada en el verde hueco que forman ciertas rocosas montañas de Inglaterra, había una pequeña aldea, llamada Eyam, allá cuando la gran peste de Londres causaba tantos estragos, hacia mitades del siglo XVII. Hallábase Eyam a larguísima distancia de la capital, de manera que ningún sitio parecía más seguro contra el contagio que esta linda aldea.

Pero los pequeños e invisibles microbios que difunden las enfermedades por todo el mundo, van de unas partes a otras por conductos muy diferentes. Pueden ir llevados por el viento; pueden ser transportados en tren. A Eyam llegaron en un paquete de muestras enviada desde Londres al sastre de la aldea. La gran plaga, como se llamó en Inglaterra a esta peste, se hallaba contenida en aquel pequeñísimo paquete; tanto era ello así que, a los pocos días, el sastre y su familia habían bajado al sepulcro.

Reinó el terror en la aldea, y sus habitantes huyeron uno tras de otro; empero la peste quedó en ella y continuó extendiéndose durante casi un año. Todo este tiempo, el rector, Guillermo Mompesson, secundado por su esposa y por el ministro Guillermo Stanley, cuidó de los enfermos y les consoló en sus penas. En su inmenso dolor, los habitantes de Eyam parecían todos de una misma familia.

Mas no tardó en decaer el esforzado ánimo de la esposa del rector, llamada Catalina. Puesto que los enfermos se morían irremisiblemente y no quedaba ya esperanza de salvación para su esposo y para sus hijos, aconsejó insistentemente al rector que también él huyera de la aldea. Pero éste, manteniéndose firme en su puesto a pesar de lo angustioso de aquella situación, se negó a acceder a los ruegos de su esposa, si bien la facultó a que se marchara ella con los niños. Entonces, Catalina, que no era mujer capaz de dar la espalda al peligro, envió a sus hijos en compañía de unos amigos a una apartada población, y ella continuó al lado de su esposo.

A poco llegó el período más crítico. De tal manera se había cebado la peste en Eyam, que no podía dudarse de que cualquiera persona que saliese de la aldea llevaría consigo el germen de la epidemia y la difundiría por los pueblos vecinos, tal vez por todo el condado de Derby y aun por el norte de Inglaterra, indemne del azote hasta aquel momento.

Entonces los habitantes de Eyam, dirigidos por Guillermo Mompesson y Guillermo Stanley, tomaron una resolución que merecería escribirse en letras de oro en las páginas de la historia. Ellos mismos se aislaron del resto del mundo. Cerraron la iglesia, y para consolarse unos a otros se reunían cada día en una cueva. El comercio quedó paralizado, los obreros dejaron de trabajar, cerráronse las escuelas, y las casas se convirtieron en hospitales para los

enfermos. Nadie entraba ni salía de la aldea, y toda la ocupación de los hombres y mujeres consistía en cuidar de los enfermos y enterrar a los muertos.

Durante cuatro meses, quedó Eyam separado de todo contacto con los demás puntos de la tierra. Aunque hubiera muerto el rey, nadie, en Eyam, lo hubiera sabido: tan grande era el aislamiento en que vivían sus habitantes. Encerráronse en Junio, y en el mes siguiente, 56 de ellos yacían ya en el cementerio parroquial. En Agosto, murieron otros 72, y entre ellos la animosa Catalina Mompesson. Así, día tras día, la muerte fué arrebatando a mayor número de sufridos aldeanos hasta que, a mediados de Octubre de 1666, cuando hubo cesado la peste, no había quedado una sola familia completa; de los 300 habitantes que contenía antes de la epidemia, habían fallecido 259.

Tal fué la heroicidad de esta aldea admirable hace cerca de 250 años. Y el recuerdo de este pueblecito de héroes debe servirnos de modelo para serlo también todos nosotros.

LA AMISTAD DE DAMÓN Y PITIAS

DIONISIO fué un tirano que reinó en la ciudad de Siracusa, en Sicilia, y se mostró tan cruel que quienquiera le provocaba a enojo era irremisiblemente condenado a muerte. Cierto día se encolerizó contra un joven llamado Damón, que se había quejado de las crueldades del tirano. Damón, pues, fué condenado a la última pena; pero antes de morir suplicó a Dionisio que le dejase ir a ver a su mujer y a sus hijos. Dionisio hizo mofa de semejante pretensión.

—Si te soltara—pensó,—ya no volvería a verte.

Díjole Damón que tenía un amigo que se constituiría en rehenes hasta su vuelta, y este amigo, llamado Pitias, se presentó, en efecto, a ofrecerse como rehén por Damón.

—Si Damón no volviese—añadió, —moriré yo en lugar de mi amigo.

Maravillado Dionisio de que existiese un hombre que amase tanto a su amigo, concedió seis horas a Damón para ir a ver a su mujer y a sus hijos.

Creyó Damón que estaría de regreso dentro de cuatro horas, pero al cabo de este tiempo no había regresado todavía. Cinco horas, casi seis, pasaron, sin que Damón apareciera. El más dichoso de cuantos estaban encarcelados era Pitias, que deseaba ardientemente que Damón no regresase, pues sufriría gustoso la muerte en su lugar y salvaría así la vida a su amigo, que debía vivir para velar por su familia. Por fin, amaneció el día fatal, y ya muy próxima la hora de la ejecución, presentóse Dionisio con objeto de ver morir al rehén.

Con ánimo esforzado y tranquilo se preparó Pitias para la muerte.

—Mi amigo — dijo — habrá tenido algún accidente o quizá estará enfermo.

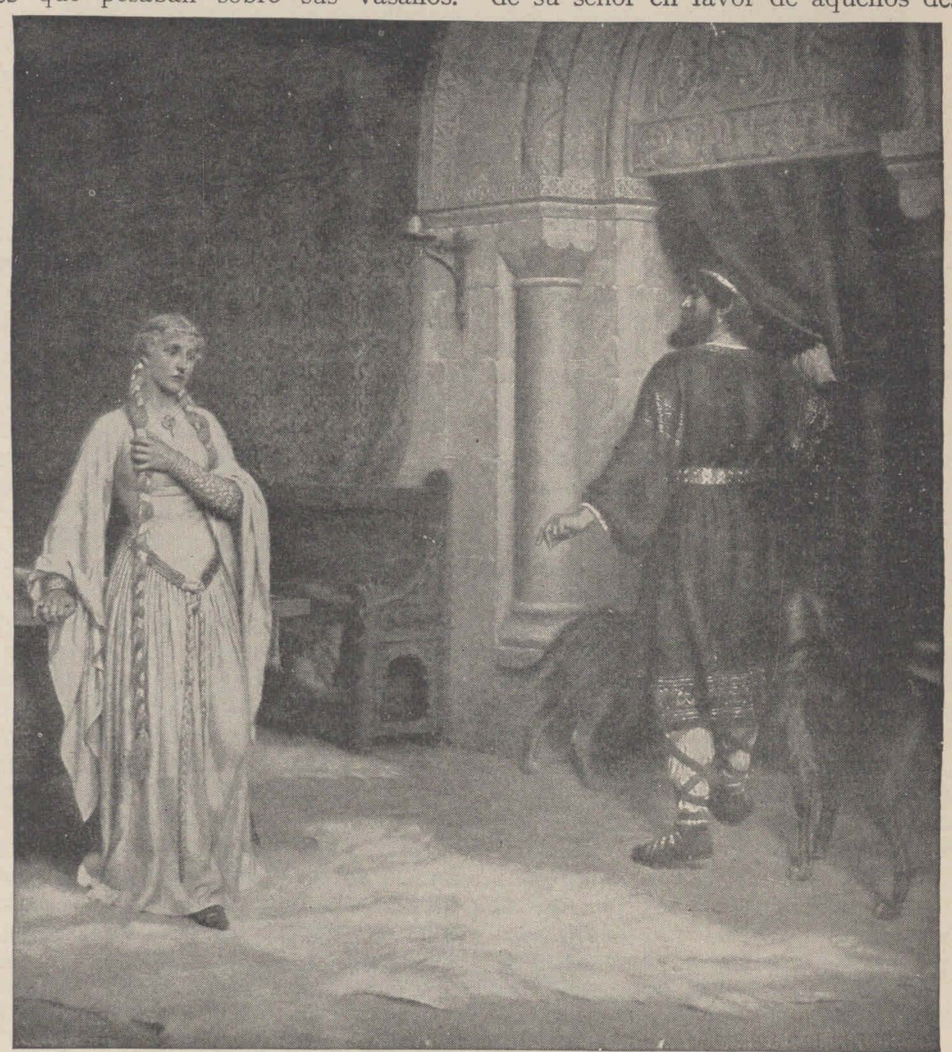
Casi en el mismo instante en que iba a tener lugar la ejecución, llega Damón y abraza a su amigo. Estaba rendido de fatiga y llevaba el traje sucio del viaje. Habían matado su caballo y tuvo que adquirir otro, pero, corriendo al galope, pudo llegar a tiempo para salvar a Pitias de la muerte que éste iba a sufrir en su lugar. Esta oportuna llegada contrarió al rehén quien suplicó a Damón y al tirano que le permitiesen padecer el castigo.

Dionisio no había visto jamás semejante fidelidad. Era aquello un rasgo hermosísimo que no creía que existiese en el mundo: la amistad que acogía gustosa la muerte, si la muerte podía ayudar al amigo. Oprimiósele el corazón. Necesitaba hombres como aquellos para tenerlos como amigos suyos. Dirigiéndose, pues, a Damón y Pitias, mientras estaban disputando para dar la vida el uno por el otro, estrechóles las manos, dejólos libres y suplicóles le permitiesen participar de su amistad.

CÓMO AYUDÓ LADY GODIVA A SU PUEBLO

CUANDO, en 1040, era señor de Cóventry Leofrico el Danés, aumentó despiadadamente los impuestos que pesaban sobre sus vasallos. Reuniéronse éstos y enviaron a sus hombres más notables a implorar el favor de la esposa de Leofrico, Lady Godiva, a quien amaba el pueblo por los numerosos actos benéficos que su piedad ejercía con los enfermos y pobres, a fin de que suplicase al tirano que rebajase algunas de las abrumadoras gabelas.

Lady Godiva intercedió gustosa cerca de su señor en favor de aquellos desgraciados; mas Leofrico rechazóla bruscamente, diciéndole:



LADY GODIVA INTERCEDIENDO CERCA DE SU MARIDO EN FAVOR DEL PUEBLO DE CÓVENTRY

—No tienes vergüenza, al interceder por esos siervos plañideros y viles.

—¿Que no tengo vergüenza? Haré que lo digáis con razón, y veremos en-

tonces si estos siervos son efectivamente viles u honrados—replicó ella ofendida. —Porque recorreré a caballo la ciudad, sin más traje que mis largos cabellos, si logro de este modo haceros desistir de vuestros crueles designios.

—Hazlo y accederé a tus deseos,— dijo Leofrico.

Lady Godiva puso en conocimiento de su pueblo lo que proyectaba hacer, y a la mañana siguiente recorrió, en la forma anunciada, toda la ciudad de Cóventry de uno a otro extremo, a caballo; y sus habitantes permanecieron entre tanto encerrados todos en sus casas, a fin de evitar el más leve motivo de bochorno a su amada y generosa protectora.

Leofrico cumplió la palabra empeñada a su mujer. Suspendió las gabelas que pesaban sobre el pueblo; y, a partir de aquel día, los habitantes de Cóventry se complacen en honrar la memoria de Lady Godiva.

HEROICA HAZAÑA DE UNA VALIENTE COLEGIALITA

LAS hazañas de muchos héroes y heroínas son enteramente desconocidas para una infinidad de personas, pero todas ellas son dignas de recordación. Julia Hatcher, alumna de una escuela pública vivía en Morside, solitario lugarejo cerca de Blandford, en el condado de Dorset. Un día, mientras trabajaba en su casa, sobresaltáronla unos alaridos próximos.

Dirigióse a la puerta y quedó horrorizada, al ver que un torazo se arrojaba sobre un muchacho en un campo allende la carretera. El furioso animal volvía a la carga, una y otra vez, tomábalo en sus largos cuernos y arrojábalo al aire dejándolo caer pesadamente en tierra.

La muerte del muchacho parecía ser cuestión de momentos. Al advertirlo, Julia Hatcher corrió a salvarle. Peligroso era el paso que iba a dar y fatalísimas sus consecuencias, pues el toro enfurecido no estaba en condiciones de consentir que nadie interviniera.

Mas la serenidad de la muchacha estaba a la altura de la ocasión que se le presentaba. Recordó que los toros, cuando les apedrean, cierran los ojos. Corrió, pues, apresuradamente hacia él, después de haber recogido algunas piedras que halló en su camino, y así que hubo llegado a tiro de piedras empezó a apedrear al animal. No todas las piedras que lanzó la muchacha hicieron blanco: algunas fueron a caer muy lejos de la res, pero sirvieron para distraerla de su objetivo. Continuó la muchacha ganando terreno hasta que estuvo tan cerca que era ya imposible errar el tiro.

Resintióse el toro de estas caricias y cargó varias veces bajando el testuz. La muchacha permanecía firme en su sitio y detenía sus embestidas con un diluvio de piedras.

Al fin el toro se detuvo, miró un momento en torno suyo y dió media vuelta. Pronta a mejorar su situación siguió Julia apedreándole vigorosamente hasta que hubo desaparecido.

La valerosa muchacha, libre ya de su adversario, corrió hacia el muchacho que yacía en tierra sin sentido. El toro lo había maltratado terriblemente. Sus ropas estaban convertidas en harapos, y su cuerpo lleno de contusiones y magulladuras, aunque afortunadamente sin fractura de hueso alguno. Después de mucho trabajo, hizo que recobrase los sentidos, y poco a poco, en breve tiempo el niño quedó totalmente restablecido.

Si la intervención de la animosa muchacha no hubiese sido tan rápida y no se hubiera acordado de que los toros, cuando se les apedrea, cierran los ojos, el muchacho hubiese indudablemente perdido la vida.

Para premiar tan noble acción y el valor de hacer frente a un toro, el gobierno concedió a la discípula una medalla de bronce.